

Yolanda Bedregal

## Elegía humilde

### Poema original:

Un auto ha arrollado a la vieja sirvienta  
¡La pisó como una hoja!  
Era una flor del campo, toronjil, yerbabuena.

En la casa hubo duelo  
por su muerte de plata.

Esta mujer oscura de noble cepa aymara  
endulzaba la vida de seres y de cosas.

Llena está nuestra infancia de su imagen  
de Mamita Copacabana;  
debajo de su manta de castilla  
siempre traía la sorpresa  
de frutas, empanadas o juguetes.

¡Ay dulce abuela nuestra  
de las macetas y del canario!

Tendida en su mortaja,  
con unción le besamos las santas manos toscas  
quietas por fin del cotidiano afán.  
Parecían avergonzadas del reposo;  
dos angelitos blancos bajaron a cubrirlas.

Su nombre era Mama-Usta, y nada más.  
Las hadas humildes sólo tienen un nombre  
pero es varita mágica de gracia y bendición.

De la mano llevaba a mi padre a la misa;  
la conocieron los abuelos y bisabuelos.  
Era lazo entre el ahora y lo perdido.

Todo lo daba, todo, su bondad y su alegría,  
el cobre de la dádiva, el óleo del consuelo.

Cual sombra milagrosa

colmaba de manjares la olla de cada día,  
y con agua y con sol daba celajes  
a los visillos y manteles.  
Ella prendía el fuego del hogar.

Un auto la ha matado. ¡Ay, Dios mío!  
Su frente estaba herida  
y su cuerpo, nunca tocado,  
salpicado de barro.

Cuando llegaba al cielo,  
con un solo zapato, la falda desgarrada  
un coro de jilgueros le cantaba aleluyas.

Con humilde inocencia, debió de imaginar  
que era fiesta pascual para nosotros.  
-¿Como para ella el aleluya?  
¿Como para ella nuestro llanto?-

Sencilla y limpia entró en la gloria  
cuidando todavía la canasta  
para la cena de hoy.

Nuestra Mama Usta ha muerto.

¡Ay canario, ay macetas, patio y agua!